

BESTSELLER N.º 1 DE *THE NEW YORK TIMES*

# FASCISMO

UNA ADVERTENCIA

MADELEINE

ALBRIGHT

PAIDÓS

# Madeleine Albright

En colaboración con Bill Woodward

---

## Fascismo

Una advertencia

Traducción de María José Viejo

**PAIDÓS Estado y Sociedad**

Título original: *Fascism: A Warning*, de Madeleine Albright  
Publicado por acuerdo con Harper, un sello editorial de HarperCollins Publishers

1.<sup>a</sup> edición, septiembre de 2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Madeleine Albright, 2018  
© de la traducción, María José Viejo Pérez, 2018  
© de todas las ediciones en castellano,  
Espasa Libros, S. L. U., 2018  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona, España  
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.  
[www.paidos.com](http://www.paidos.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN 978-84-493-3488-7  
Fotocomposición: Pleca Digital, S. L.  
Depósito legal: B. 15.599-2018  
Impresión y encuadernación en Liberdúplex, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro  
y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain.*

## SUMARIO

---

1. Una doctrina de la ira y el miedo.....	13
2. El mayor espectáculo del mundo.....	29
3. «Queremos ser bárbaros».....	45
4. «Cerrad vuestros corazones a la conmiseración».....	61
5. La victoria de los césares.....	75
6. La caída.....	87
7. La dictadura de la democracia.....	105
8. «Hay muchísimos cadáveres ahí arriba».....	123
9. El difícil arte de gobernar.....	139
10. Un presidente vitalicio.....	153
11. Erdoğan el Magnífico.....	171
12. El hombre del KGB.....	191
13. «Somos nuestro pasado».....	209
14. «El líder siempre estará con nosotros».....	233
15. El presidente de Estados Unidos.....	255
16. Tres pesadillas.....	277
17. Las preguntas pertinentes.....	295
Agradecimientos.....	311
Notas.....	315
Índice analítico y de nombres.....	329

## Capítulo 1

# UNA DOCTRINA DE LA IRA Y EL MIEDO

---

El día en que los fascistas alteraron por primera vez el curso de mi vida, yo apenas había aprendido a dar mis primeros pasos. Fue el 15 de marzo de 1939. Tropas alemanas invadieron mi Checoslovaquia natal, escoltaron a Adolf Hitler hasta el Castillo de Praga y empujaron a Europa hacia la Segunda Guerra Mundial. Mis padres y yo permanecemos diez días escondidos y luego huimos a Londres. Allí participamos junto a exiliados de toda Europa en el esfuerzo bélico de los aliados mientras aguardábamos ansiosos a que terminara aquella horrible experiencia.

Cuando tras seis años de lucha extenuante los nazis fueron derrotados, regresamos a casa llenos de esperanza, dispuestos a labrarnos una nueva vida en un país libre. Mi padre prosiguió su carrera en el Servicio Exterior de Checoslovaquia y, durante algún tiempo, todo marchó sobre ruedas. Hasta 1948. Ese año, nuestro país cayó bajo la férula de los comunistas. La democracia quedó aniquilada y, una vez más, mi familia y yo nos vimos condenados al exilio. Llegamos a Estados Unidos el Día del Armisticio y allí, bajo la vigilante mirada de la Estatua de la Libertad, fuimos acogidos como refugiados. Para protegernos, y para que mi vida y la de mis hermanos Kathy y John pareciera lo más normal posible, mis padres nos ocultaron algo de lo que no tendríamos conocimiento hasta décadas después: que tres de nuestros abuelos y muchos de nuestros tíos, tías y primos estaban entre los millones de judíos que murieron en el acto más atroz del fascismo, el Holocausto.

Cuando llegué a Estados Unidos tenía once años, y mi único

deseo por aquel entonces era el de convertirme en una adolescente norteamericana típica. Para conseguirlo me deshice lo más rápido que pude de mi acento europeo, leí montones de cómics, escuché la radio a todas horas y me pasaba el día mascando chicle. En definitiva, hice cuanto estuvo en mi mano para encajar; pero no era capaz de olvidar el hecho de que, en nuestros tiempos, hay decisiones que se toman muy lejos pero que pueden llevar aparejada la diferencia entre la vida y la muerte. Así que al entrar en el instituto fundé una asociación de asuntos internacionales, me nombré a mí misma presidenta y planteé debates sobre todo tipo de temas, desde el régimen de Tito hasta el concepto gandhiano de *satyagraha* («la Fuerza que nace de la Verdad y del Amor»).<sup>1</sup>

Mi familia valoraba enormemente la libertad de la que gozábamos en nuestro país adoptivo. Mi padre, que pronto se abrió camino como profesor en la Universidad de Denver, escribió varios libros sobre los riesgos de la tiranía, pero temía que los estadounidenses se hubieran acostumbrado tanto a la libertad —son «muy, muy libres», decía— que pudieran llegar a considerar la democracia como algo garantizado. Cuando fundé mi propia familia, mi madre me llamaba todos los 4 de Julio para cerciorarse de que sus nietos cantaban canciones patrióticas y habían asistido al desfile.

En Estados Unidos se tiende a idealizar los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Buena parte de los estadounidenses se imaginan una época de inocencia azul celeste en la que todos compartían una concepción grandiosa del país y en la que cada unidad familiar contaba con una persona que trabajaba y mantenía a la familia, y tenía los electrodomésticos más modernos, los hijos más listos y una visión optimista y positiva de la vida. La Guerra Fría, sin embargo, fue un periodo de inquietud continua en el que la alargada sombra del fascismo quedó oscurecida por otra clase de nubarrones. Durante los años de mi adolescencia se constató que, debido a las pruebas nucleares, los niños pequeños tenían en los

dientes cincuenta veces más del elemento radiactivo estroncio 90 de lo que era natural. Prácticamente todas las ciudades contaban con un agente de defensa civil que apremiaba a la población a construir refugios nucleares en el patio trasero de sus casas, en los que guardaban verduras en conserva, juegos de Monopoly y montones de cigarrillos. A los niños de las grandes ciudades se les entregaban placas metálicas con su nombre grabado, para identificarlos en caso de que sucediera lo peor.

Cuando llegué a la edad adulta seguí los pasos de mi padre y me hice profesora. Entre mis campos de especialización figuraba la Europa del Este, una zona en la que los países eran entonces meros satélites que orbitaban alrededor de un sol totalitario y en la que según la creencia más extendida no ocurría nunca nada interesante y donde nada llegaría a cambiar nunca. El sueño marxista de un paraíso obrero se había trocado en una pesadilla de tintes orwellianos; la conformidad era el bien máspreciado, había informantes vigilando en cada edificio, países enteros vivían rodeados de alambradas con gobiernos que insistían en que lo blanco era negro.

Cuando sobrevino el cambio, lo hizo a una velocidad impresionante. En junio de 1989, las reclamaciones planteadas por los trabajadores de los astilleros décadas atrás y la influencia de un papa nacido en Wadowice consiguieron llevar la democracia a Polonia. En octubre de ese mismo año, Hungría se convirtió en una república democrática y a comienzos de noviembre cayó el Muro de Berlín. En aquellos días maravillosos, la televisión nos informaba cada mañana de algo que durante mucho tiempo nos había parecido imposible. Aún recuerdo los momentos decisivos de la Revolución de Terciopelo de mi Checoslovaquia natal, la cual debe su nombre a la forma en que tuvo lugar, sin golpes ni disparos contra la población. Sucedió una gélida tarde de finales de noviembre. En la histórica plaza de Wenceslao, una multitud formada por unos trescientos mil pragueños agitaban jubilosos las llaves de su casa

como campanas que repicaran por la caída del Gobierno comunista. Asomado a un balcón desde el que podía contemplar a la muchedumbre se hallaba Václav Havel, el valiente dramaturgo que seis meses antes había sido un preso de conciencia y cinco semanas después juró el cargo de presidente en una Checoslovaquia libre.

En ese momento, yo era una de las muchas personas que sentíamos que la democracia había pasado su prueba más dura. La otrora poderosa Unión Soviética, quebrada por la debilidad económica y el cansancio ideológico, se hizo pedazos como un jarrón que se estrella contra un suelo de piedra, liberando a Ucrania, los países del Cáucaso, las repúblicas bálticas y Asia Central. La carrera por las armas nucleares entró en su ocaso sin que ninguno de nosotros volara por los aires. En el este, Corea del Sur, Filipinas e Indonesia se deshicieron de sus antiguos dictadores. En el oeste, los gobiernos militares de América Latina daban paso a presidentes elegidos democráticamente. En África, la liberación de Nelson Mandela —otro de los presos que llegó a ser presidente— hizo concebir esperanzas sobre un posible renacimiento de la zona. En términos globales, los países calificados de «democráticos» pasaron de treinta y cinco a algo más de un centenar.

En enero de 1991, George H.W. Bush declaró en el Congreso que «el fin de la Guerra Fría ha[bía] sido una victoria para toda la humanidad [...], y el liderazgo de Estados Unidos, el instrumento que lo ha[bía] hecho posible».<sup>2</sup> Al otro lado del Atlántico, Havel añadió: «Europa está intentando crear un nuevo tipo de orden histórico sobre la base del proceso de unificación [...], una Europa en la que ninguno de sus miembros más poderosos pueda aniquilar a otro con menos poder, en la que ya no sea posible resolver las disputas por medio de la fuerza».<sup>3</sup>

Hoy, transcurridos ya más de veinticinco años desde que sucedieran aquellos acontecimientos, debemos preguntarnos qué es lo que ha ocurrido con aquella alentadora visión. ¿Por qué parece



estar desvaneciéndose en lugar de hacerse cada vez más clara? ¿Por qué, según Freedom House, la democracia está en nuestros días «asediada y en franco retroceso»?<sup>4</sup> ¿Por qué hay tantas personas en posiciones de poder tratando de socavar la confianza pública en las elecciones, en los tribunales de justicia, en los medios de comunicación y —un hecho fundamental para el futuro de nuestro planeta— en la ciencia? ¿Por qué se ha permitido que se abran esas peligrosas divisiones entre ricos y pobres, entre lo urbano y lo rural, entre los que tienen estudios universitarios y los que no? ¿Por qué Estados Unidos ha renunciado —al menos temporalmente— a su liderazgo internacional? ¿Y por qué en pleno siglo XXI volvemos a hablar de fascismo?

Lo diré sin tapujos: una de las razones es Donald Trump. Si consideramos el fascismo como una herida del pasado que estaba prácticamente curada, el acceso de Donald Trump a la Casa Blanca sería algo así como arrancarse la venda y llevarse con ella la costra.

Para la clase política de Washington —sean republicanos, demócratas o independientes—, la elección de Trump fue algo tan alarmante que habría provocado que un cómico de las películas mudas de antaño se agarrara el sombrero con ambas manos, se lo levantara por encima de las orejas y, tras lanzarlo al aire, lo hiciera caer justo sobre su espalda. No es la primera vez que Estados Unidos tiene un presidente imperfecto; de hecho, nunca hemos tenido ninguno que no lo fuera, pero en la época moderna jamás habíamos contado con un jefe del Ejecutivo cuyos actos y declaraciones estuviesen tan en desacuerdo con los ideales democráticos.

Desde las primeras etapas de su campaña, y justo desde su llegada al despacho oval, Donald Trump ha hablado en términos muy duros de las instituciones y los principios sobre los que se funda un gobierno democrático. Durante este tiempo, ha degradado de for-

ma sistemática el discurso político en Estados Unidos, ha mostrado un asombroso desprecio por los hechos, ha difamado a sus predecesores, amenazado con «encerrar» a sus rivales políticos, ha tildado a periodistas relevantes de «enemigos del pueblo estadounidense»,<sup>5</sup> ha difundido falsedades sobre la integridad del proceso electoral en nuestro país, ha promocionado sin motivo alguno políticas nacionalistas en materia de economía y de comercio, ha vilipendiado a los inmigrantes y a los países de los que proceden, y ha alimentado una intolerancia paranoica hacia los fieles de una de las religiones más importantes del mundo.

Para los dirigentes extranjeros con tendencias autocráticas, estas salidas de tono resultaban muy atractivas. En lugar de desafiar a las fuerzas antidemocráticas, Trump surgía ante ellos como un consuelo; como alguien que les aportaba justificaciones. En el curso de mis viajes he oído una y otra vez la misma pregunta: si el presidente de Estados Unidos afirma que la prensa siempre miente, ¿cómo vamos a criticar a Vladimir Putin por decir lo mismo? Si Trump insiste en que los jueces son parciales y descalifica el sistema penal de Estados Unidos como un mero «hazmerreír»,<sup>6</sup> ¿qué va a impedir que un líder autocrático como Duterte, el presidente de Filipinas, desacredite su propio sistema judicial? Si Trump acusa a los políticos opositores de traición por el simple hecho de no haber secundado sus manifestaciones, ¿qué postura mantendrá Estados Unidos a la hora de protestar por el encarcelamiento de presos de conciencia en otros países? Si el líder de la nación más poderosa del mundo ve la vida como una lucha despiadada en la que ningún país puede ganar si no es a costa de otro, ¿quién va a enarbolar el estandarte de la cooperación internacional cuando los problemas más espinosos no se puedan resolver de otra manera?

Todo dirigente tiene el deber de servir a los intereses de su país; lo cual es una perogrullada, ciertamente. Cuando Donald Trump habla de «poner a Estados Unidos primero» está diciendo algo ob-

vio. Ningún político serio ha propuesto nunca dejar a Estados Unidos en segundo lugar. El objetivo político no es la cuestión. Lo que separa a Trump de cualquier otro presidente desde el deplorable trío formado por Harding, Coolidge y Hoover es su idea de cómo Estados Unidos puede defender mejor sus intereses. Para Trump, el mundo es un campo de batalla en el que todo país quiere dominar a los demás; donde las naciones compiten como si fuesen promotores urbanísticos para arruinar a las rivales y sacar en sus acuerdos hasta el último centavo de beneficio.

Dada su trayectoria vital, resulta fácil percatarse de que Trump piensa de ese modo; y desde luego hay algunos ejemplos en la diplomacia y el comercio internacionales en los que resulta evidente esa clarísima separación entre el ganador y el perdedor. No obstante, desde que acabó la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos ha defendido la idea de que las victorias son más rápidas de obtener y más fáciles de mantener con el concurso de la colaboración de las diversas naciones que por medio de la actuación de cada nación en solitario.

La generación de Franklin Roosevelt y Harry Truman sostenía que los Estados conseguían lo mejor para sí cuando promovían la seguridad compartida, la prosperidad y la libertad para todos. El Plan Marshall, por ejemplo, partía de la idea de que la economía de Estados Unidos se estancaría si los mercados europeos no tenían capacidad de compra suficiente para absorber los productos que los agricultores y los fabricantes norteamericanos sacaban a la venta. Esto implicaba que, para poner a Estados Unidos primero, era preciso ayudar a los socios europeos (y asiáticos) a que se reconstruyeran y desarrollaran por su cuenta economías dinámicas. Esa misma concepción es la que subyace en el programa de Cuatro Puntos de Truman, merced al cual Estados Unidos puso a disposición de América Latina, África y Oriente Medio su asistencia técnica. Un enfoque similar se ha puesto en práctica igualmente en el

campo de la seguridad. De Roosevelt a Obama, siempre ha habido presidentes en nuestro país que trataban de ayudar a sus aliados a protegerse a sí mismos a la vez que se implicaban en estrategias de defensa colectiva frente a peligros compartidos. No lo hacíamos por caridad, sino porque hemos aprendido de la manera más ardua que los problemas de los demás, si quedaban desatendidos, en poco tiempo podían suponer un peligro para nosotros mismos.

El liderazgo internacional es una de esas tareas que no tienen fin. Las amenazas de otras épocas nunca desaparecen del todo y las de nuevo cuño surgen con la misma asiduidad que el sol cada mañana. Manejarlas con eficacia nunca ha dependido únicamente del dinero y el poder. Países y personas deben unir sus fuerzas, y eso no es algo que ocurra de manera natural. Aunque Estados Unidos ha cometido muchos errores a lo largo de su azarosa historia, ha conservado su capacidad de movilizar a los demás países porque siempre ha querido guiarlos hacia el camino que la inmensa mayoría desea tomar: el camino de la libertad, la justicia y la paz. La cuestión que ahora se plantea es si Estados Unidos puede seguir con ese estilo de liderazgo cuando quien lo riges es un presidente que no parece conceder mucha importancia a la cooperación internacional ni a los valores democráticos.

La respuesta que demos a esta cuestión importa muchísimo, porque a diferencia de la naturaleza, que aborrece el vacío, el fascismo lo acoge de buen grado.

Hace no mucho le conté a un amigo que estaba trabajando en un nuevo libro, a lo que él, interesado, me preguntó:

—¿Y de qué trata?

—Del fascismo —le contesté.

Se me quedó mirando perplejo.

—¿Es la tendencia del momento? —quiso saber.

Mi amigo no andaba tan descaminado como pudiera parecer, pues el fascismo, efectivamente, se ha puesto de moda, introduciéndose en la conversación política y social como una enredadera rebelde. ¿Que estás en desacuerdo con alguien? Llámalo fascista y así te evitas tener que apoyar tu argumentación con hechos. En 2016, «fascismo» fue la palabra más buscada en la web del diccionario Merriam-Webster, con la salvedad de «surrealista», que experimentó un repentino incremento tras la elección del nuevo presidente en el mes de noviembre.

Al utilizar el término «fascista» se revela uno a sí mismo. Para alguien de extrema izquierda, prácticamente cualquier gerifalte del mundo empresarial encaja en la denominación. Para quienes están en la derecha no tan extrema, Barack Obama es un fascista —además de un socialista y de un musulmán oculto—. Para un joven rebelde, puede aplicarse el marchamo de fascismo a cualquier restricción en el uso del móvil que venga impuesta por sus padres. Cuando la gente airea sus frustraciones cotidianas, esta palabra sale de miles de bocas: a los profesores se los tacha de fascistas, y lo mismo sucede con las feministas, los chovinistas, los profesores de yoga, la policía, los dietistas, los burócratas, los blogueros, los ciclistas, los editores, los que acaban de dejar de fumar y los que fabrican envases a prueba de niños. Si seguimos permitiendo esta reacción puede que pronto nos sintamos autorizados a llamar fascista a alguien o algo que consideremos inaguantable, restando así fuerza a lo que debería ser un término potente.

Así pues, ¿qué es el fascismo en realidad? Y ¿cómo podemos reconocer a quienes lo practican? Planteé estas preguntas a mis alumnos en la Universidad de Georgetown: dos docenas de estudiantes que se habían sentado en círculo alrededor de mi sala de estar, con platos de papel llenos de lasaña pringosa balanceándose sobre su regazo. Fueron dos cuestiones mucho más difíciles de responder de lo que esperábamos, pues en esta materia no hay definiciones

completamente consensuadas ni plenamente satisfactorias, aunque los académicos han empleado océanos de tinta en el intento. Por lo visto, cada vez que algún experto creía haber dado con el rasgo definitorio, aparecían compañeros indignados que mostraban su desacuerdo.

Pese a la complejidad del asunto, mis estudiantes estaban dispuestos a intentarlo por sí mismos. Empezaron por lo más elemental, señalando las características que a su parecer están más estrechamente relacionadas con el concepto de fascismo. «La mentalidad del “nosotros contra ellos”», apuntó uno. Otro añadió que era «nacionalista, autoritario, antidemocrático». Un tercero hizo hincapié en el aspecto violento. Un cuarto quiso saber por qué el fascismo se considera siempre de derechas, ante lo cual argüía que «Stalin fue mucho más fascista que Hitler».

Otra estudiante observó que el fascismo suele aparecer en relación con personas que forman parte de un grupo étnico o racial distinto, que sufren problemas económicos y que consideran que se les están negando prestaciones a las que tienen legítimo derecho. «No se trata tanto de lo que las personas tienen como de lo que piensan que *deberían* tener... y de lo que temen», añadió.

En el caso del miedo, se trata de analizar por qué la reacción emocional del fascismo puede extenderse a todos los planos sociales. Ningún movimiento político puede fructificar sin apoyo popular, pero el fascismo depende tanto de los ricos y los poderosos como de los hombres y mujeres de la calle: de aquellos que tienen mucho que perder y de los que no tienen nada en absoluto.

Esta idea nos hizo pensar que el fascismo tal vez deba ser visto no tanto como una ideología política, sino más bien como un medio para conseguir y mantener el poder. En Italia, por ejemplo, en la década de 1920 se presentaban como fascistas individuos de izquierdas (que abogaban por una dictadura de los desposeídos), de derechas (quienes defendían la instauración de un Estado autori-

tario corporativo) y de centro (aquellos que buscaban la restauración de la monarquía absoluta). En un principio, el Partido Nacionalsocialista alemán (el Partido Nazi) se presentó en la escena política con una serie de reivindicaciones que satisfacían a los antisemitas, a los antiinmigrantes y a los anticapitalistas por igual, pero además proponía aumentar las pensiones a los jubilados, ampliar las posibilidades educativas de los pobres, terminar con el trabajo infantil y mejorar la atención sanitaria en la maternidad. Los nazis eran racistas y, conforme a su visión, también reformadores sociales.

Si el fascismo no se refiere tanto a políticas concretas como a la forma de acceder al poder, ¿qué estrategias de liderazgo presenta? A este respecto, mis estudiantes destacaron que los líderes fascistas que mejor recordamos fueron individuos carismáticos. De una forma u otra, cada uno de ellos establecía un vínculo emocional con la gente, y, al igual que la figura central de un culto religioso, sacaba a la luz sentimientos profundos y a menudo desagradables. Así es como los tentáculos del fascismo se extienden en el seno de una democracia. A diferencia de la monarquía o de una dictadura militar impuesta desde arriba, el fascismo obtiene energía de los hombres y las mujeres que están descontentos por una guerra perdida, un empleo perdido, el recuerdo de una humillación o la idea de que su país está en declive. Cuanto más dolor haya en la base del resentimiento, más fácil le resultará a un dirigente fascista obtener seguidores, sea incentivándolos con una mejora futura o prometiendo la devolución de lo robado.

Como los organizadores de movimientos mucho más benévolos, estos evangelistas laicos explotan el deseo humano, prácticamente universal, de formar parte de algo significativo. Los más dotados de entre ellos tienen un talento especial para el espectáculo, para organizar reuniones masivas con su correspondiente música marcial, su retórica incendiaria, ovaciones a voz en grito y saludos

romanos con el brazo en alto. A sus partidarios les ofrecen como premio el formar parte de una asociación de la que están excluidas otras personas, muy a menudo las que son ridiculizadas. Para extender el fervor a la causa, los fascistas tienden a ser agresivos, militaristas y —cuando las circunstancias lo permiten— expansionistas. Para asegurarse el futuro, convierten las escuelas en seminarios de auténticos creyentes que tratan por todos los medios de producir «hombres nuevos» y «mujeres nuevas» que obedecerán sin rechistar y en todo momento. Y como observó uno de mis estudiantes, «un fascista que lanza su carrera tras su elección para el cargo se arrojará una legitimidad de la que otros carecen».

Una vez ha escalado a posiciones de poder, la cuestión que se nos plantea es cómo consolida un fascista su autoridad. A este interrogante respondieron unos cuantos estudiantes: «Controlando la información», dijeron algunos.

«Esta es una de las razones —añadió otro— por las que tenemos tanto de qué preocuparnos hoy en día.»

Para la mayoría de nosotros, la revolución tecnológica es básicamente un medio que permite a personas de distintas trayectorias vitales conectarse entre sí, intercambiar ideas y desarrollar un entendimiento más profundo acerca de por qué los hombres y las mujeres actúan como lo hacen; en otras palabras, es un medio para mejorar nuestra percepción de la verdad. Y sigue siendo así, solo que ahora ya no estamos tan seguros. Impera en nuestros días una inquietante perspectiva de «Gran Hermano» debido a la ingente cantidad de datos personales que se suben a las redes. Si un anunciante puede utilizar esa información para dirigirse a un consumidor determinado a causa de sus intereses particulares, ¿qué impedirá a un gobierno fascista hacer lo mismo?

«Supongamos que voy a una manifestación como la de la Marcha de las Mujeres —dijo un estudiante— y cuelgo una foto en alguna red social. Mi nombre es incorporado a una lista, y esta



puede acabar en cualquier parte. ¿Cómo vamos a protegernos frente a algo así?»\*

Aún más alarmante es la capacidad de algunos Estados canalla y de sus representantes para difundir mentiras a través de Facebook y de webs falsas. La tecnología, además, ha permitido a las organizaciones extremistas crear cajas de resonancia para suministrar apoyo a teorías conspiratorias, a relatos falsos y a visiones ignorantes sobre la religión y la raza. La primera regla del engaño es que, si se repite con la frecuencia suficiente, cualquier afirmación, historia o calumnia puede llegar a parecer plausible. Internet debería ser un aliado de la libertad y una puerta de acceso al conocimiento; en algunos casos, no es ni lo uno ni lo otro.

El historiador Robert Paxton comienza uno de sus libros con esta frase lapidaria: «El fascismo fue la innovación política más importante del siglo xx y la fuente de gran parte de sus padecimientos». <sup>7</sup> Con el tiempo, tanto él como otros investigadores han ido elaborando listas de los muchos elementos que el fascismo conlleva. Al término de nuestro debate, mis alumnos intentaron hacer un listado parecido.

El fascismo, y en esto coincidía la mayoría de los chicos, es una forma extrema de gobierno autoritario. A los ciudadanos se les exige que hagan exactamente lo que el líder dice, ni más ni menos. La doctrina va ligada a un nacionalismo furibundo. Asimismo trastoca por completo el contrato social de corte tradicional. Lejos de ser los ciudadanos quienes confieren poder al Estado a cambio de la protección de sus derechos, aquí el poder empieza en el propio líder, y las personas no tienen derechos. En un régimen fascista, los

\* La Marcha de las Mujeres, una de las más concurridas desde la guerra de Vietnam, se celebró en Washington el 21 de enero de 2017, en defensa no solo de los derechos de la mujer sino, entre otras muchas causas, del derecho a la salud, el derecho a una educación pública de calidad, los derechos de las personas LGBT, la defensa de los inmigrantes y la de todos los que han sido objeto de violencia policial y de discriminación racial. (*N. de la T.*; el resto de las notas al pie pertenecen a la autora.)

ciudadanos tienen el deber de servir, y al gobierno se le atribuye la tarea de regir el país.

Cuando se habla de este tema se suele confundir el fascismo con conceptos relacionados tales como, por ejemplo, el totalitarismo, la dictadura, el despotismo, la tiranía, la autocracia y algunos otros. Como académica puede que me tiente meterme en este cenagal, pero como antigua diplomática me preocupan ante todo las acciones, no las etiquetas. A mi modo de ver, un fascista es alguien que se identifica en grado extremo con —y dice hablar en nombre de— un grupo o una nación entera, que no siente preocupación alguna por los derechos de los demás, y que está dispuesto a utilizar los medios que sean necesarios —inclusive la violencia— para alcanzar sus objetivos. En esta concepción, un fascista sería posiblemente un tirano, pero un tirano no necesariamente es un fascista.

Muchas veces, la diferencia entre uno y otro reside en el uso de las armas. En la Europa del siglo xvii, cuando los aristócratas católicos luchaban contra los nobles de religión protestante lo hacían por las Sagradas Escrituras, pero ninguno de ellos distribuía armas a los campesinos de sus tierras porque creían más seguro librar la guerra con ejércitos de mercenarios. Los dictadores modernos también suelen recelar de sus ciudadanos, y este es el motivo por el que crean guardias nacionales y otros cuerpos de élite para garantizar su seguridad personal. Un fascista, sin embargo, espera contar con el respaldo de la muchedumbre. Mientras los reyes tratan de mantener la calma en la población, los fascistas la enardecen para que, cuando se desencadene la lucha, sus soldados tengan la voluntad y la potencia de fuego necesaria para asestar el primer golpe.

El fascismo surgió a comienzos del siglo xx, una época en que al vigor intelectual y el resurgente nacionalismo del momento se le

sumaba un descontento generalizado porque las asambleas parlamentarias eran incapaces de seguir el ritmo de una Revolución Industrial impulsada por la tecnología. En las décadas anteriores, estudiosos como Thomas Malthus, Herbert Spencer, Charles Darwin y Francis Galton, medio primo del anterior, habían difundido la idea de que la vida es una lucha continua por la adaptación, en la que apenas queda espacio para el sentimiento y donde el progreso no está en absoluto garantizado. Pensadores tan influyentes como Nietzsche y Freud reflexionaron sobre las implicaciones de un mundo que en apariencia se había librado de sus anclajes tradicionales. Los sufragistas introdujeron la revolucionaria idea de que las mujeres también tienen derechos. Líderes de opinión en materia política y de ciencias sociales hablaban abiertamente sobre la posibilidad de mejorar la especie humana por medio de la reproducción selectiva.

Mientras tanto, invenciones tan extraordinarias como la de la electricidad, el teléfono, el coche sin caballos y el barco de vapor estaban reduciendo las distancias en el mundo y acercando a las personas, pese a que estas mismas innovaciones dejaron sin empleo a millones de agricultores y de artesanos cualificados. En todas partes había gente desplazándose, bien hacia las ciudades, abarrotadas de familias llegadas desde los pueblos, o bien hacia el otro lado del océano, adonde ponían rumbo miles de europeos que abandonaban sus hogares.

Para muchos de los que se quedaron, las promesas de la Ilustración y de las Revoluciones francesa y americana se habían convertido en papel mojado. Había un elevado número de personas que no encontraban trabajo; las mismas que a menudo eran explotadas o que posteriormente fueron sacrificadas en la sangrienta partida de ajedrez que se disputó en los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial. Acerca de esta tragedia, Winston Churchill escribió: «A la estructura de la sociedad humana se le han causado he-

ridas que no desaparecerán en un siglo». Con la aristocracia desacreditada, la religión bajo la lupa y las antiguas estructuras políticas desintegrándose —caso del Imperio turco y el austrohúngaro—, la búsqueda de respuestas no podía esperar.

El idealismo democrático del presidente Woodrow Wilson fue el primero que atrapó la imaginación popular. Antes de que Estados Unidos entrase en la Gran Guerra, Wilson proclamó el principio según el cual «todo pueblo tiene derecho a elegir la soberanía bajo la que vivirá». <sup>8</sup> Su doctrina de la autodeterminación ayudó a garantizar la independencia de unos cuantos países europeos más bien minúsculos después de la contienda bélica, y su plan para constituir una organización mundial se tradujo en la Sociedad de Naciones. Pero Wilson era políticamente ingenuo y físicamente frágil; la visión global de Estados Unidos no sobreviviría a su presidencia. De hecho, Estados Unidos se negó a participar en la Sociedad de Naciones y, durante el Gobierno de los sucesores de Wilson, se desentendió de los asuntos europeos, justo en una época en que la recuperación del continente tras el conflicto mundial no estaba yendo nada bien.

Muchos de los gobiernos que empezaron siendo liberales después de la guerra tuvieron que afrontar tensiones sociales explosivas que parecían exigir políticas más represivas. Desde Polonia y Austria hasta Rumanía y Grecia, algunas democracias incipientes alzaban el vuelo para estrellarse luego contra el suelo. En el este, las férreas ideologías soviéticas pretendían hablar en nombre de los trabajadores de cualquier lugar, lo cual quitaba el sueño a los banqueros británicos, a los ministros franceses y a los sacerdotes españoles. En Europa central, una Alemania amargada se esforzaba en recuperar su posición. Y en Italia, a una bestia fiera le había llegado al fin su hora y daba sus primeros pasos.